

## *Presencia de Molière, Baudelaire y Víctor Hugo en la obra martiana*

Martha V. Fuentes y José Luis de la Tejera Gali

De furtivo calificaba Paúl Estrade (1979) en el boletín *Cuba Sí* el paso de José Martí por Francia en 1874 y 1879. Esa furtividad se evidencia también en las noticias sobre su estancia allí, un área del conocimiento sobre su trayectoria casi desconocida. Esa furtividad –y debido a ella– se manifiesta en las escasas investigaciones al respecto.

El propio Estrade (1979) expresaba “[...] no podemos dejar de experimentar mayor irritación por no saber nada concretamente, o casi nada, sobre la efímera presencia de Martí en Francia” (p. 378). El sabio francés solicitaba llenar tal espacio vivencial del Apóstol y logró publicar algunos esclarecedores datos que debemos estar agradecidos por su empeño investigativo.

Años después Roberto Fernández Retamar (2006) volvía a la carga sobre el tema y trazaba aristas de la estancia martiana en el país de la ciudad de las luces en una ponencia presentada en la Universidad de Burdeos III. Retamar recordaba a otros intelectuales que habían tratado el tema: Juan Marinello, Noel Salomón, Paúl Estrade y Jean Lamore. Allí coincide con Estrade en que hay que profundizar a este asunto desde otras áreas: la política, el pensamiento, el arte y la literatura. De entre ellas, escogemos la última para esbozar algunas consideraciones como subtópicos. La resonancia de Molière, Baudelaire y Hugo en las *Obras Completas* de José Martí.

Ante todo, existen algunos pocos estudios medulares y monográficos sobre el primero y el último autor citado, todo desde la óptica de Martí, así como referencias tangenciales en otros trabajos más generales sobre los tres. No obstante, Carmen Suárez León (1997, pp. 140-167) publicó *José Martí y Víctor Hugo en el fiel de las modernidades* y en 2000 el artículo “Martí sobre Baudelaire”. Respecto a Molière, hemos encontrado interesantes consideraciones pero escasas.

En los 27 tomos de las *Obras Completas* del Héroe Nacional aparecen numerosas referencias a los autores objeto de estudio: 92 sobre Víctor Hugo en quince de los tomos, 21 con respecto a Molière en diez de los tomos y, por último, 14 sobre Baudelaire en ocho de los tomos. Lo que implica una presencia mayoritaria de Hugo seguido por Molière y Baudelaire. Por otra parte, las referencias tienen diferentes matices y extensiones, unas de comentario o valoración y otras de mención tangencial o de reforzamiento de la idea principal. Casi siempre todas desde la interiorización personal del Maestro y muy pocas veces citando en directo; a veces mediante paráfrasis a otros que tratan sobre el tema. La reiteración de las menciones a estos autores evidencia homólogo comportamiento al de las referencias: Hugo, Molière y Baudelaire, en orden descendente. Está claro que la mirada martiana hacia esos autores franceses fue significativa y preferencial, aunque también se ha referido a otros intelectuales franceses que no trataremos aquí.

Comenzaremos con Molière, teniendo en cuenta la fecha de nacimiento. Un hecho trascendental en la cultura fue la comedia francesa. Caracterizarla no está en la intención del presente trabajo, pero sí es fehaciente el interés de José Martí por los sucesos culturales más importantes acaecidos en el mundo, entre ellos la comedia.

Jean Baptiste Poquelin fue el padre de la comedia francesa. Autor de textos singulares que resultaban éxitos. Su experiencia como actor y relación con la propia representación y el discurso esperado por los parisinos marcan su praxis creativa. Hombre del siglo XVII, su obra lo trasciende. ¿Por qué está consignado en los escritos martianos? A modo de síntesis, creemos que fue por el alcance de sus mensajes y la calidad de sus obras, aspectos ambos que en el cubano tenían un espacio importante en su visión del mundo.

En el tomo 15 de las *Obras Completas* martianas afirma lo siguiente: “En aquellos viejos tiempos, sin embargo, los empresarios teatrales se contentaban cuando Molière flagelaba los ridículos marqueses” (Martí, 1991, t. 15, p. 236). Está reconociendo la relación literatura-sociedad, cuando los dueños de los espacios teatrales permitían que fuesen representadas las desavenencias con la nobleza. Se advierte la importancia del mensaje hacia el espectador. El original del texto que comenta el cubano se titula “Garin de Paúl Delaines” publicado en inglés en 1880 y allí citaba

al comediógrafo. Su acción es un acto de libertad intelectual al emitir su criterio. Ese que en Garin “representaba el casi universal anhelo por una república” (Martí, 1991, t. 15 p. 236), en la época del Apóstol.

Los procedimientos del escritor francés aparecían en circunstancias y en el proceder de los personajes teatrales. Martí compara a “un ejemplar criado de aquellos muy felices que dibujó Molière” (Martí, 15 p. 269), o señala que Pushkin escribió versos “tan mordaces como los de Molière” (Martí, 15 p. 417). Al hacer una relación de los grandes de la memoria literaria, incluye al francés junto a Dante (Martí, 1991, t. 15, p. 421). Lo considera que participó del “acto supremo”, según lo califica en uno de los textos (Martí, 1991, t. 24, p. 23).

“El avaro griego es el avaro de Molière [...] la comedia da tristeza. Más es fuerza reconocer que tiene la inteligencia grados y formas diferentes, y que la comedia presta servicios y quiere buena suma de habilidades, elegancia e ingenio” (Martí, 1991, t. 6, p. 450). De ese modo, Martí muestra su conocimiento de la comedia francesa.

En su fundamental revista *La Edad de Oro*, tanto interés formativo, hedonístico, cosmovisivo, ético-estético en el artículo “Músicos, poetas y pintores” comenta, entre otros, sobre Molière. Admira que “tuvo que educarse por sí mismo; pero a los 31 años ya había escrito *El atolondrado*” (Martí, 1991, t. 18, p. 396). Advierte su autodidactismo y precocidad creativa. De tal forma, lo sitúa en su texto como referente a seguir para los lectores infanto-juveniles de su revista. Tal presencia no es fortuita, sino intencional y dice mucho sobre su consideración del autor teatral.

Por otro lado, el Apóstol sobre el criterio de un cuentista en torno a cierta educación en Colombia que tendía “a desatender sus quehaceres y engañar, como una bribona de Molière o una coqueta de Bretón a sus maridos” (Martí, 7 p. 415), muestra un aspecto de la moral presente en un personaje secundario del francés. Comentario que es parte de lo que Martí encontró en el galo desde el ángulo de las costumbres y moral de su país natal. La comedia francesa tuvo algunas prerrogativas que permitieron, desde la aparente hilaridad, mellar actitudes y posiciones concretas en la sociedad. Molière fue un disidente de la moral tradicionalista imperante y desde la sátira, la risa, la hiperbolización, los enredos argumentales, mostrar heridas sociomorales desde personajes actuando en las tablas escénicas. Martí, consideramos, no podía obviar el valor de Molière de enfrentamiento crítico, en alguna

medida, con esas circunstancias epocales y que algunas de ellas llegaban al siglo XIX.

Para Molière, en su comedia, señalar costumbres y consideraciones negativas, falsas y hacer valer a la gente honrada fue parte de su propósito. Desde lo popular y hacia un público que había que formar, el galo proyectó su comedia ante las pretensiones de la rica burguesía y nobleza arcaica. Rasgos que llaman la atención al pensador cubano y creemos es una de las razones de su presencia en los textos martianos, para quien todo lo que atañe al hombre es motivo de ocupación.

El revolucionario cubano estaba interesado en la lógica, por ser esta, entre otros elementos, la que se ocupa de las relaciones. Para explicar a sus lectores principios de la lógica, qué mejor que basarse en autores de reconocido prestigio que él conocía al dedillo, por ello consideramos recurre al comediógrafo francés y lo utiliza en sus bien pensadas argumentaciones y ejemplificaciones. Así lo hace en *Nociones de lógica*:

M. Jourdan, divertidísimo personaje de una de las comedias de Molière, dio muestras de gran sorpresa al caer en cuenta de que había estado cuarenta años hablando en prosa sin saberlo. Pues de cada cien personas, acaso habrá noventa y nueve que se sorprenderían de igual manera si se les dijese que habían estado por largo tiempo convirtiendo proposiciones, urdiendo silogismos, cayendo en paradojas, construyendo hipótesis, y distribuyendo en clases los géneros y las especies.

Si se preguntara a estas noventa y nueve personas si eran lógicos, responderían probablemente que no lo eran. Y en parte tendrán razón; porque presumo que hay un número todavía mayor de personas educadas que no tienen idea clara de lo que es Lógica. Sin embargo, en cierto sentido, no hay quien no haya sido un lógico desde que comenzó a hablar (Martí, 1991, t. 25, p. 215).

Como el personaje del francés, él advierte que en el pensamiento del hombre hay elementos de lógica, aunque no sean reconocidos como tales. Considera la importancia de estudiar esa ciencia para el desarrollo.

Para explicar la falacia de la petición de principio, “que consiste en tomar por cierto aquello que ha de ser probado” (Martí, 1991, t. 25 p. 346), ejemplifica de la manera siguiente:

Nadie se ha burlado de esta clase de falacia con más ingenio que Molière. En una de sus excelentes comedias, el padre de una joven muda desea saber por qué ha enmudecido su hija “Nada es más fácil de explicar”, responde al punto el médico Ignarelle: “es muda porque ha perdido el uso de la palabra”. “Sí, sí”, replica el padre; “pero, ¿por qué ha perdido el uso de la palabra?” Ignarelle tiene ya lista la asombrosa respuesta: “Todos nuestros mejores autores están de acuerdo en declarar que la pérdida del uso de la palabra consiste [...] en el impedimento de la acción de la lengua” (Martí, 1991, t. 25, pp. 346-347).

O sea, para el lector queda claro que la respuesta es lo que se investiga y no está expresada debido a este tipo de falacia. De tal suerte, un personaje de Molière ha servido como ejemplo para explicar un término de lógica que Martí quiere sea fácilmente comprendido. La asociación de contenidos de la literatura para explicar lógica es el procedimiento empleado.

Es fehaciente que nuestro emérito escritor bebió de la fuente nutricia de Charles Baudelaire. La huella magnífica y reluciente de rasgos simbolistas y parnasianos, algunos por contraste, fueron mediados por la gestión escritural martiana. Pero más allá de estos ecos literarios aparecen otros de índole conceptual en tanto ideas y posiciones del poeta francés y su medio vivencial.

El Apóstol siguió de cerca su obra literaria y acción. Baudelaire estaba entre los intelectuales que él seguía la pista, no solo como periodista de varios diarios, sino también porque buscaba conocer e informar sobre las personalidades que reflejaba en sus crónicas. Tenía un método de trabajo que contemplaba lo informativo-valorativo para mediarlo con su mirada inquisidora, buscando que el hecho, suceso, circunstancia enunciada fuera pertinente y lo más abarcadora posible: sus causas, relaciones, efectos y, sobre todo, una visión para que el lector se enriqueciera con datos, descripciones o anécdotas.

Así trata a Charles Baudelaire, uno de los “poetas malditos”. Así las referencias en los textos no constituyen meras noticias o comentarios. Es el interés por el hombre y su obra, trayectoria y pensamiento. Lo literario era su objetivo sumo, pues ambos eran poetas. En el artículo “Antonio Sellén” comenta el poeta cubano: “Nunca se le veía sin un libro de versos curiosos en el bolsillo holgado de su gabán de poeta. Hoy era Kerner, mañana Baudelaire y

mañana Petoeffi. No buscaba lo extravagante, sino lo genuino” (Martí, 1991, t. 5, p. 159). De ese modo, destacaba una cualidad del francés: lo genuino como marca distintiva entre los poetas de su época. Y no es fortuita esa presencia, pues Martí mostraba su alcance cosmovisivo a partir de lo original, autóctono, auténtico e identitario.

Tanto Juan Marinello como Roberto Fernández Retamar reconocen el término desde diversas aristas. Para el primero: “nuestro héroe reconoce maestría y originalidad en los nuevos escritores de París [...]. Es un lector apasionado de Baudelaire” (Fernández, 2006, p. 258). Al segundo llama la atención “lo que en nuestro hombre histórico es genuino, propio” (Fernández, 2006, p. 249).

Lo genuino en el “poeta maldito” es menos abarcador que en nuestro poeta. Lo genuino en el francés hace al cubano motivarlo sobre su praxis poética principalmente, y en algunas de sus ideas extraliterarias.

Martí admiró la expresión poética del bardo galo, sus procedimientos escriturales, lo cual no quiere decir mimetismo, sino énfasis creativo. Sintetizamos uno de sus apotegmas: la mejor producción del mundo se puede insertar discriminadamente en otras circunstancias o contextos, siempre y cuando existan procesos mediadores y lo sustantivo propio se respete.

Reflexiona al respecto: “Un poeta y un novelista han tenido cincel en las manos, en vez de plumas, cuando escribían: el novelista, fue Flaubert; el poeta fue Baudelaire, genio rebelde” (Martí, 1991, t. 23, p. 131). Al poeta lo califica como contestatario, no sumiso, no acatador de las normas formalizadas; creador y pensador, genio superior. Y hay más: el cincel talla la dura piedra, la modela, domina, domeña, transforma dándole imagen y presencia nueva. Esa es la poesía de Baudelaire y una razón por la cual él está presente en los textos del poeta mayor cubano.

Sobre el encanto de la poesía del francés declara: “La lengua soberbia de Theophile Gautier y Charles Baudelaire se halla animada por el corazón de Corneille” (Martí, 1991, t. 15, p. 240). El dominio y maestría en la utilización de la lengua francesa son destacados aquí; augura un rescate mayor de ella en Francia, propósito que sabemos se ha cumplido en la búsqueda de la modernidad literaria junto a otros ingredientes que analiza Carmen Suárez en su ensayo “Martí sobre Baudelaire”. En el trabajo periodístico aparecido en *The Sun* en 1880 titulado “Poetas españoles contemporáneos”, expresa:

Es la poesía de Musset, de Augusto Barbier, de Baudelaire, almas nacidas para crear que lloran la pérdida de su fe. Amando la pompa estos poetas despreciaban la grandeza ilegítima. Mostrábanse inconsolables por verse obligados a vivir sin tener esplendor real que amar. Eran reyes sin reinos, dioses destronados (Martí, 1991, t. 15, p. 26).

Se refiere el escritor cubano al mundo aspirado por Baudelaire en contraste con el mundo real que le tocó vivir: mundo de falacias materiales y espirituales signadas por la sociedad capitalista que propicia imágenes, concepciones y valores no constructivos ni en beneficio del ser humano. Buscaba Baudelaire ese espectro literario y del hombre que no estaba presente en su cotidiana Francia. Caracteriza al poeta por su gusto de la pompa, su atracción por la grandeza, pero encuentra esta última falsa y hueca, de ahí su desgarramiento existencial. Cantar a un mundo otro, no el aspirado.

Entonces, hay una contradicción insalvable en la obra del galo: el encontronazo del discurso real y el aspirado, lo que provoca enunciados poéticos, a veces agónicos. Quizás estas sean algunas de las razones por las cuales está la presencia en la recepción martiana de algunos de los literatos franceses. “La famille du Menuisier: De las contradicciones brutales e inmorales de la vida, con estilo de Baudelaire, éste es un ejemplo” (Martí, 1991, t. 22, p. 295). ¿Circunstancias brutales e inmorales en la vida cotidiana del hombre presentadas a la manera del poeta francés? ¿O se refiere al estilo literario? Nos parece que es la presencia de la angustia baudelaireana lo que se reseña.

Martí, lector asiduo de los poetas de la época, fijó su atención en el bardo galo y se refiere a Baudelaire con absoluto dominio de su producción. Muestra la extensa obra martiana vasos comunicativos e influencias de los procedimientos técnico-formales y cosmovisivos del parnasianismo y el simbolismo, tanto que Martí es renovador de la literatura hispanoamericana, como lo fuera Baudelaire y la pléyade intelectual francesa. Ellos construían la inicial modernidad desde el mundo europeo y el americano, aunque no con homologables ingredientes en algunos aspectos, pero sí propiciar el enriquecimiento de “la lengua soberbia” y nueva, aspiraciones del mundo decimonónico.

La “lengua nueva” en que escribe el galo tuvo que impresionar e influir en el cubano: los procedimientos de estilo y construcción formal tales como la sinestesia, alteraciones en la lógica sintáctica, lexical o gramatical, las imágenes inusuales constantes, el símbolo, la plasticidad en el enunciado. Estos y otros constituyen peculiaridades que el Apóstol encontró en la poesía francesa y, en especial, en el “poeta maldito”. Quizás sea un motivo de la recurrencia de la obra de Baudelaire en la escritura martiana, independientemente de su afán periodístico por dar a conocer en nuestras tierras lo que ocurre en el mundo y sus protagonistas.

Cabe entonces preguntarse cómo él no tuvo en cuenta su actividad de bohemia, los excesos y la visión desoladora, a veces, presente en su obra. Esos aspectos no eran compatibles con la mirada martiana sobre el arte y la sociedad. El antipurismo baudelaireano en lo general, no era práctica común en Martí, la visión sobre la sociedad parisiense y sobre los desposeídos no coinciden con el uso del escarpelo ideológico del Apóstol.

En uno de los primeros *Anuarios del Centro de Estudios Martianos* (1981) aparece en francés y su traducción al español una breve anotación sobre Baudelaire que consideramos puede cerrar la idea anterior con respecto a los dos grandes poetas; aunque no esté publicado en sus *Obras Completas*, es un texto de Martí:

B(audelaire) pone frío en los huesos.

Cuando se le conoce, no es posible escapársele: Os muerde en el corazón, y cuando con una palmada ha querido llamar vuestra atención, el hombro sangra, como bajo la garra de un león (Martí, 1981, p. 12).

Otro de los creadores del país luz fue Víctor Hugo. Ocupa, sin lugar a dudas, la preferencia en los textos martianos. En una especie de presentación del hacer del poeta, novelista, dramaturgo, político y académico. Sobre este escribe:

¿Cómo regocija ver a un anciano erguido y trabajador? Víctor Hugo se levanta a las 6 de la mañana, y de pie ante un atril ancho, que es como escribe pone en verso cada día las impresiones que recogió en su paseo matinal; o las que los sucesos agitados de su tiempo, o los libros que lee, dejan en su ánimo (Martí, 1991, t. 23, p. 274).



Y continúa Martí citando las palabras de Hugo: “Varias vidas habría menester para escribir todo lo que mi mente concibe. Jamás acabaré” (Martí, 1991, t. 23, pp. 274-275).

Califica su físico y su espíritu batallador; muestra parte de su rutina diaria y cómo encuentra sus fuentes de inspiración, su propósito para continuar con su fructífera creación. De la prolija referencia a Hugo en los trabajos recogidos en las *Obras Completas* martianas solo referiremos a algunas que demuestran la especial empatía que sentía el intelectual cubano por el gallo venerable.

Entre ellos existen varias analogías: ambos fueron exiliados, polígrafos, políticos, pensadores, oradores; se interesaron por una amplia gama de temas, fueron amantes de la educación de los niños, reconocidos intelectuales y ambos tuvieron enemigos poderosos.

Martí, del pensamiento universal procesa lo pertinente, recibe influencias, escoge, selecciona, aparta, injerta y pone a disposición del continente americano y las Antillas. Víctor Hugo fue una de sus fuentes nutricias. Puntos coincidentes pueden ser: una praxis escritural excelsa, creadores de pensamiento abierto y de literatura trascendente. La sensibilidad de ambos, sus aportes al periodismo, la literatura, la oratoria, la búsqueda de un lenguaje novedoso y de elementos técnico-formales en la construcción de sus textos. Quizás la relación personal entre Martí y Hugo en 1874 en Francia y, por supuesto, la amplia lectura de las obras del segundo y su magistral paratexto en *Mes files* y el haberse adentrado desde su peculiar método de traducción en la obra de Hugo, de la cual no solo bebió el contenido, sino la forma y la sensibilidad de este y lo trasladó al castellano.

En tal sentido, ara Carmen Suárez en *José Martí y Víctor Hugo en el fiel de las modernidades* (1997), “la apropiación de la obra y el pensamiento de Víctor Hugo por José Martí se produce dentro de ese diálogo Francia-Latinoamérica, y es un proceso que entra legítimamente dentro de la conformación de una nueva escritura de lo latinoamericano” (Suárez, 1997, p. 25).

Raúl Hernández Novas (1975, pp. 219-257) notó influencia francesa en la escritura martiana a partir de la herencia del romanticismo revolucionario, los parnasianos y simbolistas y analiza la visión crítica de Martí desde su admiración hacia el francés. Este hecho que visualiza la marca en la cosmovisión literaria martiana –“poética afirmativa” (Suárez, 1997, p. 147)– y, por qué

no, preocupaciones en el orden ideológico de sentido hacia el hombre, su historia y la sociedad, hombre-naturaleza, hombre-sociedad-eticidad y de lo estético y estilístico: sistema adjetival, ritmo, tono, transformación en el período enunciado, libertad de creación expresiva. Todo de una relectura crítica de la obra huguiana. Es una influencia a través de la mediación, no del mimetismo; de la admiración, no la subordinación; de la nobleza de espíritu analítico, no de la asimilación acrítica; de la fortaleza creadora e imaginación poética, no de modos y modas de una época.

El Apóstol apuesta por Hugo para iluminar nuestros pueblos desde su obra: “Y ¿qué fuerzas no se descubrirían en nosotros, arrojando las montañas de luz de Víctor Hugo sobre nuestros ocho millones de habitantes?” (Martí, 1991, t. 6, p. 352). Ubicándolo en su tiempo histórico expresa: “El siglo está pegado a él como las alas a una mariposa [...] Víctor Hugo ha ido donde el siglo lo ha llamado. Gran conductor, ha sido a su vez conducido, y, siendo luz, ha sido reflejo” (Martí, 1991, t. 15, p. 191). Es la relación entre autor, su obra y su época; Hugo no es ajeno a su entorno, en el cual participa activamente.

Como dramaturgo, lo realiza en las tablas de su país: “Ni a Esquilo ni a Shakespeare ha igualado Hugo, pero es el Esquilo y el Shakespeare del teatro francés” (Martí, 1991, t. 14, p. 427). De poeta a poeta declara su afición por Hugo y sus aportes a la renovación creativa: “Víctor Hugo, que renueva aquella lengua encendida y temible que habló Jehová” (Martí, 1991, t. 8, p. 160).

Sobre la “nueva poesía, fresca y efervescente, brotaba la imaginación sin límites de Hugo” (Martí, 1991, t. 15, p. 416), reflexiona Martí. Más adelante agrega, que él tenía “versos luminosos y terribles” (Martí, 1991, t. 14, p. 425), que salían de su “arpa olímpica”(p. 425). Calificaciones de quien conoce el arte poético y el de Hugo lo atrapó más allá de estos enunciados, también en su propio quehacer lírico.

En otra oportunidad afirmó: “en derredor de él [Hugo] se hace humanidad, es lo que él quiere: es lo que hace él mismo” (Martí, 1991, t. 15, p. 234). Es el Hugo presente en la sociedad francesa, compartiendo su labor intelectual con sus contemporáneos, socializando sus ideas.

En Hugo hay marcas que en el cubano resultan sensibles: “siempre la poesía debe inspirarse en el amor y el perdón. Así lo comprendió Víctor Hugo cuando escribió *Los castigos*” (Martí, 1991, t. 15, pp. 31-32). Al

referirse a varios poetas pondera: “En Francia, tierra del pensamiento, el poeta es Víctor Hugo” (Martí, 1991, t. 15, p. 25), reconociendo en él un poeta de ideas, de mentalidad profunda.

El cubano admiró a Pushkin con pasión y no aceptó la comparación con Víctor Hugo. Luego de ofrecer datos de ambos, argumenta: “No hay ninguna similitud entre estos poetas, con excepción de su fuerza de imaginación. Con novelas Hugo vindicó la libertad asesinada” (Martí, 1991, t. 15, p. 417). Resalta el poder de la imaginación creativa de ellos y la inclinación sustantiva por el sentido libertario en Hugo. Está alabando aspectos que para el bardo cubano eran esenciales en la actividad intelectual, el estatus creativo y la devoción por la libertad, elementos centrales del paradigma martiano.

Al hacer un paralelo entre la poesía de Olegario Andrade y el francés, insiste en el carácter innovador de esta: “Es la nueva poesía, que anuncia el mundo nuevo” (Martí, 1991, t. 8 p. 169). Nota en la poesía del primero la influencia de Hugo, elemento que desde la poética está señalando el nacimiento real de nuestro mundo americano a una nueva época histórica y literaria donde tuvo un puesto especial.

Sobre el mimetismo alerta el Apóstol:

Dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer [...] ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa: trocar las palmas por los fresnos [...]. Apostasías en Literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola a ser copia de historias y pueblos extraños (Martí, 1991, t. 5 pp. 95-96).

En este fragmento de una carta a José Joaquín Palma hay una clara visión del papel de la literatura; según el Apóstol: primero lo nuestro americano en proyección para la batalla emancipadora.

En otro texto martiano refiere de un “Víctor Hugo, que desciende al mundo nuevo como Orfeo, con la santa democracia” (Martí, 1991, t. 8 p. 170), de él hay que injertar aspectos tanto en la praxis poética como en la política. Como hemos visto, todo le interesa. Pero ese todo a través de la mediación crítica martiana.

Son, pues, Molière, Baudelaire y Víctor Hugo, esos grandes en la historia de la literatura francesa, algunos de los que el grande de la literatura y el pensamiento cubano, nuestro José Martí, les dedicó su palabra escrita.

## **Referencias**

- ESTRADE, P. (1979). Algo nuevo sobre José Martí en Francia. *Anuario Centro de Estudios Martianos*, 2, 377-379.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, R. (2006). *Introducción a José Martí*. La Habana: Letras Cubanas.
- HERNÁNDEZ, R. (1975). *Estudios martianos*. La Habana: Ciencias Sociales.
- MARTÍ, J. (1981). Baudelaire. *Anuario Centro de Estudios Martianos*, 4, 12.
- MARTÍ, J. (1991). *Obras completas*. (tomos 5, 6, 7, 8, 14, 15, 18, 22, 23, 24). La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- SUÁREZ, C. (1997). *José Martí y Víctor Hugo en el fiel de las modernidades*. La Habana: Editorial José Martí.